

**Suplemento especial de la Revista Ñ del diario Clarin - Buenos Aires - Argentina
(30-10-10)**

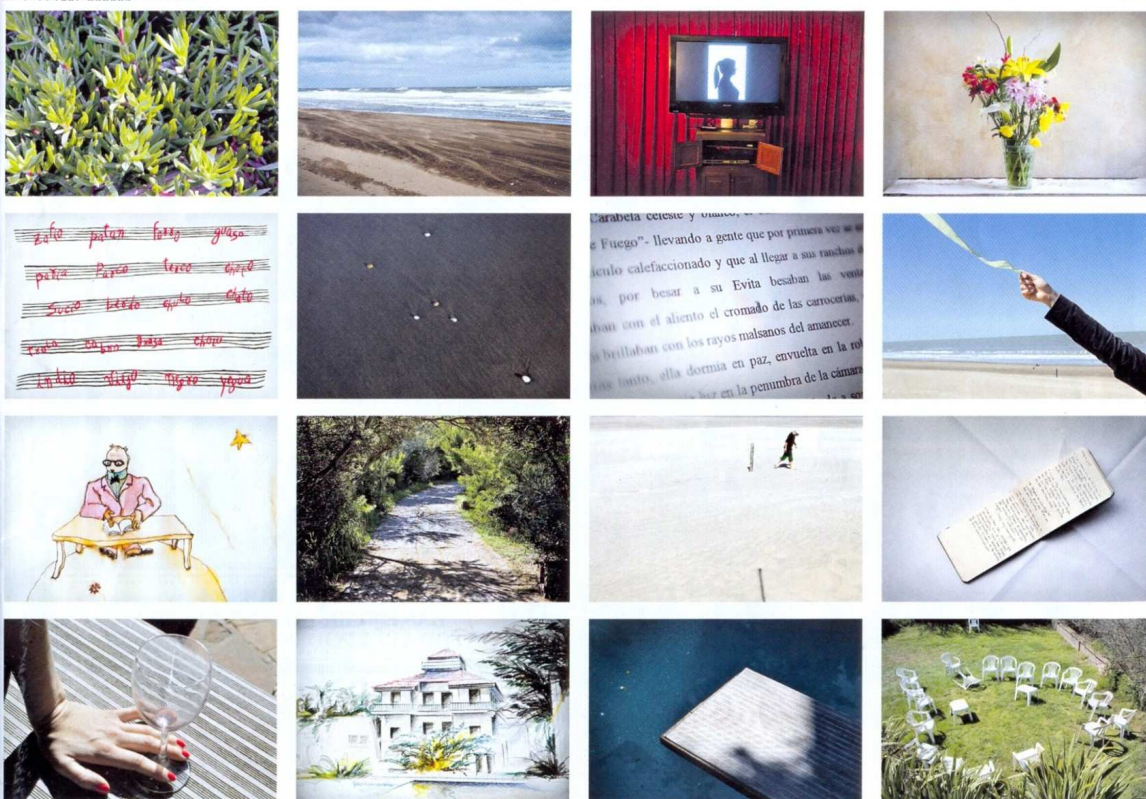
ClarínX



Edición Especial 7° Aniversario

Usina de Cultura Ñ

En septiembre, Ñ invitó a algunos de los artistas más relevantes de la escena actual a crear obras breves en el mítico ámbito del Viejo Hotel de Ostende. Aquí están los frutos: una profecía de 2015 por Graciela Speranza, el mapa de la crítica de Juan Villegas, la intimidad de los músicos por Matilde Sánchez, los sueños de Gabriela Bejerman, el diario de Federico Jeanmaire y trabajos de Schoijett, Porter, Guebel, Prior, Ferro y Bedoya.



30.10.2010

LUCIA MERLE



Roberto Paviotti, un artista que rechaza el uniforme y la misoginia del tanguero.

“Procuro cantar **como se habla**”

Tangos sin chanchán

Una dicción cercana a la oralidad y el fraseo distinguen la voz de Caracol, un clásico a favor del eclecticismo.

M. S.

Oigan, muchachos –les advirtió Troilo a los músicos–. Esto que vamos a tocar es *Milonga triste*, no la hagan patética; a Manzi no le va a gustar”, cuenta Caracol y es toda una declaración de estilo y su crítica a un estereotipo tanguero de reciedumbre que fue obstáculo para llegar al texto. “Bueno, pero Troilo era un maestro de cantores, con su forma de frasear en el bandoneón. Una vez que había formado a su cantor y éste ya había crecido demasiado, lo echaba. Procedió así hasta con el Polaco Goyeneche”.

Nacido en La Plata, Roberto Paviotti, alias Caracol, empezó a cantar tango en público a los 6 años pero se negó a seguir después de cumplir los 10 porque su padre lo obligaba a seguir usando pantalones cortos. Regresó a un escenario con 16 cumplidos, cuando vistió los largos. Ha cantado también canciones de Chico Novarro, lo que le dio versatilidad. Diría de su estilo que repara en la letra hasta depurarla de los férreos preceptos de la academia tanguera, esa orden monástica. A la vez, se priva del recitado y la teatralidad. Su dicción y la armonía con su guitarra hacen que el verso vuelva al primer plano y sea más próximo a la lengua oral –con uno de los nuevos amigos de Ostende, creímos oírle hasta las haches y las ve cortas–.

“El tango siempre se cantó con

los acentos cambiados”, sostiene. “No sabemos en cada caso si fue porque músico y letrista trabajaban a distancia, o si la música era lo que venía después. Lo cierto es que nos acostumbramos a oírlo y cantarlo con grandes licencias. El ejemplo más famoso, *Volver*, ‘tengo miedo del encuentro/ con el **pá**sado que vuelve’. Esto que parece una tontería se repite en miles de ejemplos y no sólo en el tango. Yo pongo el acento donde va; y si hay que cambiar una nota para acomodarlo, no me aflijo. Quiero que esté bien dicho y se aprecie la historia. Procuro trasladar la forma hablada. Canto como hablo, te diría.”

Recuerda que su madre cantaba todo el día mientras hacía las tareas de la casa y que desde entonces supo que los acentos le ocasionaban malentendidos o enigmas. “Pero fue mucho después que lo aprendí; me lo enseñó un pianista, Eduardo Lagos. Otra lección la recibí de Chico Novarro. Yo tenía que grabar su tema para el teleteatro *Rosa de lejos*. Viene Chico y me dice, ‘tratá de no cantarlo’. Y yo me rompo la cabeza, qué me habrá querido decir... Que le diera más bolilla a la letra, claro. (Hizo con Novarro el show **Canciones con historia**.) – ¿Y de quién tomás el fraseo?

Ni idea, siempre fraseé así; es mi marca de fábrica. El tango se presupone con un chanchán al final. ¡Y no les toques la armonía porque se vuelven locos! Lo que

se está haciendo hoy es *cover* de tango, no veo interpretación.

El cree que la actitud desdeñosa y la virilidad impostada impiden matizar la ternura de las letras y cargan la misoginia. “Ahí tenés *Milonguita*; se cantó siempre pateando a la mina caída en desgracia, como si le gritaran ‘puta’, ‘reventada’. Si se dice bien, destaca un tango lleno de tristeza y piedad”, (y así la cantó él en un sofá del hotel. Las mujeres que aprontaban nuestra larga mesa detuvieron la tarea y se calló el batifondo de los cubiertos).

Caracol también se distingue en la estampa: “Si dejé el tango alguna vez y me dediqué al melódico, fue por no ponerme saco. ¡Los tangueros son los únicos cantantes de uniforme...! Soy al revés de Luis Cardei, que decía no poder cantar sin corbata. A mí en el Club del vino me vinieron a plantear, ‘¡Caracol, te volviste loco! ¿Cómo vas a cantar sin saco?’ Yo canté siempre con la camisa por fuera del pantalón”.

“Yo no soy tan gardeliano, soy mucho más de los hermanos Expósito y de Manzi. Para el Polaco la letra era todo, de manera que uno advierte mucha pica entre él y Virgilio (el compositor del dúo), un músico que sabía mucho de armonía. En *Absurdo*, por ejemplo, plancha una nota y juega toda la canción al nivel de la armonía; los cantores odian ese tema por esos versos monótonos. Para mí la letra manda.”

Matilde Sanchez